

# PRÓLOGO

¿A qué venimos a este mundo? Es una pregunta que todos nos hacemos desde que el hombre es hombre.

Alfredo Caballero y yo (como algunos de vosotros, lectores) tenemos responsabilidades como padres y queremos lo mejor para nuestros hijos. La tentación es mimarles en exceso y sobreprotegerles. Pero como me decían mis padres: “todo lo que hagas por tu hijo que pueda hacer él, en realidad, lo que harás será perjudicarlo”. Yo enseño a mis hijos que tienen que elegir entre dos “pastillas”, como en la película *Matrix*: pueden elegir la roja y cuando tengan problemas en la vida, adoptar el papel de víctima y que yo les ayude (o cuando yo no pueda que sea otro o quizás “papá Estado”); o pueden elegir la pastilla azul y cuando tengan el viento en contra arriar las velas y ponerse a remar. Esto exige responsabilidad. Sin embargo, la pastilla roja te permitirá echarle la culpa de tus desgracias a los demás. Y tendrás el alma tranquila por un tiempo, pero un día te darás cuenta de que podías haber hecho más. Y entonces estarás en el infierno, porque el infierno en la vida es darse cuenta de que ya es demasiado tarde.

La pastilla azul te hará sacar lo mejor de ti mismo, porque lo necesitarás para superar las adversidades. Si eres un hombre de nivel 7 y tienes un problema de 5, podrás solucionarlo sin esfuerzo. Pero, ¿qué pasará si llega un problema de nivel 9? O te rindes o mejoras. Los que eligen esta opción llegarán a su máximo potencial. Y una vez allí, verán que no han podido hacer nada más. Que lo han dado todo. Y descansarán en paz consigo mismos porque

---

el que lo da todo no está obligado a más. Los que sean religiosos dirán “que sea lo que Dios quiera porque yo ya no puedo avanzar más”. Es lo que dice el protagonista de la película *La vida de Pi* cuando se ve perdido en medio del océano.

Por ahora, mis hijos escogen pastilla azul, pero nunca se sabe si un día querrán cambiar. Yo les insisto en que al mundo venimos a mejorar como personas y también a ayudar a los demás a mejorar. Les recuerdo lo que Confucio decía: “si das un pez al pobre cenará un día, si le enseñas a pescar nunca volverá a pasar hambre”. Y les cuento la parábola de los talentos que enseñaba Jesús. Aquella que explica que hemos venido al mundo a desarrollar los talentos que Dios nos ha dado. Si no eres cristiano, prueba con la filosofía estoica. Los estoicos tenían frases que repetían una y otra vez. Una era “memento mori”, que significa recuerda que morirás. Y es que en este mundo estamos de paso. Cuando tengas un problema piensa, ¿cómo te gustaría contárselo dentro de unas décadas a tu nieto? Es bien sabido que las personas que saben que van a morir se arrepienten más de lo que no han hecho que de sus errores. Los errores son enseñanzas que nos manda la vida para subir el nivel de nuestras capacidades. Los estoicos decían “amor fati”, que es ama tu destino. Si tu destino te es propicio disfrútalo, pero si no lo es, disfrútalo también, porque es una lección que debes aprovechar.

*“La tranquilidad solo alcanza a quienes se han formado en juicio inmutable y seguro: los demás enseguida desfallecen y luego se recuperan. Fluctúan alternativamente entre renunciaciones y deseos. ¿Cuál es la causa de su agitación? Que nada queda claro a los que siguen la más insegura de las normas, la opinión pública...” Séneca, epístolas morales a Lucilio, 95.57-58*

En Okinawa viven las personas más longevas del planeta. Concentra la mayor cantidad de personas centenarias del mundo. Los españoles Héctor García y Francesc Miralles escribieron el libro “IKIGAI; los secretos de Japón para una vida larga y feliz”. En su

investigación descubrieron que todos los ancianos tenían su Iki-gai, que es el propósito vital, el por qué se levantan cada mañana de la cama. El objetivo del Ikigai no es la felicidad, sino identificar aquello en lo que eres bueno, que te da placer realizarlo y que aporta algo a la sociedad.

Hay personas que sienten que no poseen habilidades especiales ni objetivos que cumplir. No es cierto, su problema es que han olvidado qué les gustaba hacer de niños. Pintar, cantar, bailar, cocinar, etc., esos talentos se ocultan muchas veces con las vicisitudes de la vida porque nadie nos ha enseñado a desarrollarlos. Pero nunca es tarde si estamos decididos a llevar una vida mejor. Algunos me dicen que es fácil decirlo cuando no tienes que pagar una hipoteca o cuidar de tus hijos, o de tus padres, etc., yo les contesto que hay trabajos alimenticios y trabajos del corazón. Con los primeros, pagas tus obligaciones, con los segundos alimentas tu espíritu.

Los que deciden tomar la pastilla roja no consiguen ver nada de todo esto que estoy contando, porque miran a su ego dañado y culpan a los demás de sus desdichas. Son egoístas y, como consecuencia, unos pobres desgraciados. Tienen el trabajo como castigo y buscan escapar de él por todos los medios. Cuando el trabajo puede y debe ser una de las fuentes de mejora personal.

Es difícil tener el Ikigai a edad temprana, pero siempre estás a tiempo de orientar tu vida a su búsqueda. Este libro te servirá para estructurar y sistematizar esa mejora continua que quieres aplicar a tu vida para ascender y desarrollar todo el potencial que tienes dentro. ¿Qué pastilla eliges tú?

Carlos Medrano Sola es economista en:  
[www.eximiaconsultores.com](http://www.eximiaconsultores.com)